

Un dudar que lleva a la fe genuina

Me pondré en mi puesto de guardia y me apostaré sobre el muro; vigilaré para ver qué me dice el Señor, y qué responde a mi reproche. El Señor me respondió y dijo: Escribe la visión, grábala sobre unas tablas para que se la pueda leer de corrido. Porque la visión aguarda el momento fijado, ansía llegar a término y no fallará; si parece que se demora, espérala, porque vendrá seguramente, y no tardará. El que no tiene el alma recta, sucumbirá, pero el justo vivirá por su fidelidad (Hab. 2, 1.4).

*¡Den gracias al Señor, porque es bueno,
porque es eterno su amor!
¡Den gracias al Dios de los dioses,
porque es eterno su amor!
al que afirmo la tierra sobre las aguas,
¡porque es eterno su amor!
Al único que hace maravillas,
¡porque es eterno su amor!
Al que en nuestra humillación
se acordó de nosotros,
¡porque es eterno su amor!
y nos libró de nuestros opresores,
¡porque es eterno su amor!
Al que da el alimento a todos los vivientes,
¡porque es eterno su amor!
¡Den gracias al Señor del cielo,
porque es eterno su amor! (Sal. 136, 1-4 y 23-26).*

No pierdan entonces la confianza, a la que está reservada una gran recompensa. Ustedes necesitan constancia para cumplir la voluntad de Dios y entrar en posesión de la promesa. Porque todavía falta un poco, muy poco tiempo, y el que debe venir vendrá sin tardar. El justo vivirá por la fe, pero si se vuelve atrás, dejaré de amarlo. Nosotros no somos de los que se vuelven atrás para su perdición, sino que vivimos en la fe para preservar nuestra alma. Ahora bien, la fe es la garantía de los bienes que se esperan, la plena certeza de las realidades que no se ven (Heb. 10, 35 – 11, 1).

Tomás, uno de los Doce, de sobrenombre el Mellizo, no estaba con ellos cuando llegó Jesús. Los otros discípulos le dijeron: "¡Hemos visto al Señor!". Él les respondió: "Si no veo la marca de los clavos en sus manos, si no pongo el dedo en el lugar de los clavos y la mano en su costado, no lo creeré". Ocho días más tarde, estaban de nuevo los discípulos reunidos en la casa, y estaba con ellos Tomás. Entonces apareció Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio de ellos y les dijo: "¡La paz esté con ustedes!". Luego dijo a Tomás: "Trae aquí tu dedo: aquí están mis manos. Acerca tu mano: Métela en mi costado. En adelante no seas incrédulo, sino hombre de fe". Tomás respondió: "¡Señor mío y Dios mío!". Jesús le dijo: "Ahora crees, porque me has visto. ¡Felices los que creen sin haber visto!" (Jn. 20, 24-29).

Siento simpatía por Tomás, el Santo Apóstol. Generalmente sólo lo recordamos como el personaje lleno de dudas, el que con su actitud ensombrece el canto triunfante de la

resurrección. Como si los otros discípulos, devenidos apóstoles, estuvieran uno o dos pasos más adelante que Tomás. Como si ellos siempre hubieran planteado las respuestas adecuadas y aprobado hace tiempo su examen como creyentes, dejando a Tomás un par de pasos detrás, si no más. Como la realidad no es tan sencilla, ésta situación tampoco lo es tanto.

Tomás aparece en todas las listas de los Doce en los evangelios, pero es el de Juan el que se extiende en presentar su persona. Lo hace en cuatro ocasiones significativas.

La primera es cuando Jesús recibe la noticia de la muerte de su amigo Lázaro y dice a los discípulos: *Lázaro ha muerto, y me alegro por ustedes de no haber estado allí, a fin de que crean. Vayamos a verlo (Jn. 11, 14-15)*. A continuación Tomás dice a los otros discípulos: *Vayamos también nosotros a morir con él*, porque hacía poco tiempo habían acusado de blasfemia a Jesús y habían intentado apedrearlo (*Jn. 10, 31-42*). Impulsivo y de buen corazón, sin medir las consecuencias, propone acompañarlo aunque acercarse a Jerusalén era poner en riesgo su vida.

La segunda ocasión es la del lavatorio de los pies, cuando Jesús anuncia la traición y su propia pasión y muerte. En esa despedida Jesús afirma: *Ya conocen el camino del lugar adonde voy (Jn., 14, 4)*. Y Tomás le contesta: *Señor, no sabemos adónde vas. ¿Cómo vamos a conocer el camino? (Jn. 14, 5)*. Es cauteloso y busca mayor precisión y detalle, quizás expresa su temor a perder el rumbo, su miedo ante el futuro que se avecina.

La tercera ocasión es en relación a lo que sucede a poco de la resurrección, cuando Jesús se aparece en medio de los discípulos y los envía a anunciar el evangelio, cuando les dispensa el Espíritu Santo. Tomás está ausente de ese encuentro y cuando llega sus compañeros le cuentan alegres: *¡Hemos visto al Señor! (Jn. 20, 25)*. Y el más que precavido Tomás afirma: *Si no veo la marca de los clavos en sus manos, sin no pongo el dedo en el lugar de los clavos y la mano en su costado, no lo creeré (Jn. 20, 25)*. Una semana después estaban todos juntos de nuevo, esta vez también estaba Tomás junto con ellos. Y también en esta ocasión, estando cerradas las puertas, Jesús apareció en medio de ellos. Tras saludarlos con la paz, invitó a Tomás a tocar sus heridas y cerciorarse que él era su Maestro que había resucitado, Jesús estaba dispuesto a pasar la prueba. Tomás al verlo y escucharlo replantea su actitud y le contesta: *¡Señor mío y Dios mío! (Jn. 20, 28)*. El cauteloso, el prudente y precavido, ahora confía, cree, confiesa y afirma su fe en Jesús como Cristo, como el Salvador Hijo de Dios, uno con la divinidad. Ahora Tomás es plenamente parte de la comunidad de los que creen. Cuestionó lo que los demás no estaban preparados para cuestionar, pues él anhela confrontarse con la verdad, con la verdad de vida y salvación.

En realidad Tomás no está solo en su postura; en la Biblia hay muchos personajes que se confrontan con la verdad, aún en medio de sus dudas y vacilaciones. Podemos recordar, entre otros, a Abraham, a Jeremías, a Job y los Salmos, al mismo Jesús que en Getsemaní muestra su propia duda y vacilación ante el camino de la pasión que se abre ante él. Incluso en el Gólgota suena el grito desesperado de Jesús: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mc. 15, 34)*. Tomás nos muestra que la duda y la vacilación son parte integral del camino cuando se lo recorre con autenticidad. No importa la etapa que estemos recorriendo en el camino de la vida, siempre tendremos dudas y vacilaremos a medida que avancemos.

Hay autenticidad en Tomás, es honesto y crítico, dispuesto a modificar su propio punto de vista. No acepta una fe ciega, no acepta que algo sea verdad porque alguien con autoridad lo afirme. Él no necesita una fe que se sostenga en un mero argumento, en el discutir si se puede probar o no. Tomás está dispuesto a vivir una fe que se sostenga en la capacidad de maravillarnos con la vida nueva que Dios brinda, en el perdón y la paz, la justicia y el amor.

¿Y nosotros, y nosotras?